

Weir sostuvo que es central la creación de una IMAGEN de la marca que se quiere publicitar y para ello es preciso pensar en cosas como el nombre, el empaque, el precio, el estilo de publicidad y los establecimientos de distribución. En otras palabras, la marca, así como los productos deben tener una personalidad. Bajo estas afirmaciones se "encierran" concepciones que vale la pena revisar.

La personalidad de las mercancías incentiva la identificación de los consumidores con el producto. Más aún si, como aconseja Weir, todo anuncio debe contener una promesa "importante y única", y debe estar relacionada con pasajes de la vida diaria. Esta monumental construcción de ilusiones no significa solamente llenar lo cotidiano de rosadas esperanzas, sino que conlleva la formación de expectativas y de aspiraciones que, en un país de pobres como el nuestro, supone un desenraizamiento de la realidad concreta.

Nos preocupa esta descarnada concepción de cómo se construyen ilusiones porque, aquí y ahora, eso lleva de suyo la construcción de frustraciones. Es cierto que la eficacia de la publicidad ha logrado modificar las costumbres y hábitos en "gruesos" sectores sociales, especialmente juveniles, y, también es cierto que acuciosas investigaciones científicas han sido puestas al servicio de la modificación de actitudes por la vía de la publicidad; pero para quienes pensamos en la salud mental de la población, es reprochable el incentivo de aspiraciones de consumo masivo en momentos en que se deprime severamente la capacidad adquisitiva de los salarios de la población. ¿A Weir le dijeron a qué país lo habían invitado? ¿Fórum lo sabrá? (Carlos Urrutia)

Escalada represiva en la sierra central

MIENTRAS LA prensa de derecha y la televisión han comenzado a fomentar un peligroso culto de la fuerza, presentando a los *sinchis* como héroes hazañosos que se juegan la vida en defensa de la

democracia, la Constitución y las leyes al enfrentar crueles y viciosos terroristas; de Vischongo, Mollebamba, Pomacocha y otros pueblos de la provincia de Cangallo, en el departamento de Ayacucho, se alzan voces que denuncian una realidad muy diferente.

Los *sinchis* han ocupado varios pueblos supuestamente para combatir el terrorismo, pero lo que han hecho en realidad es allanar domicilios y detener indiscriminadamente decenas de pacíficos pobladores. En Mollebamba, sus acciones han provocado la muerte de un campesino, Raymundo Mitma Reyes, de 31 años.

Pero la angustia que vive la zona no ha terminado con las detenciones, pues los *sinchis* han sentido sus reales en varios pueblos, procediendo a confiscar alimentos, enseres y cometer una serie de abusos, según denuncias varias.

Noticias llegadas de las ciudades de Ayacucho y Huancayo, así como de las zonas rurales de Andahuaylas, van perfilando un clima de represión y zozobra que comienza a apoderarse de toda la sierra central.

Casi sin excepción, los detenidos no tienen vinculación alguna con el terrorismo, pero muchos de ellos son militantes de Izquierda Unida, dirigentes de comunidades campesinas, pueblos jóvenes y organizaciones populares. Incluso han sido detenidos militantes apristas.

El propósito parece ser, pues, atomizar a la población y quebrar la voluntad de lucha de los militantes de izquierda. De esta forma, los sucesos de los últimos días sólo vienen a corroborar las constantes denuncias de la izquierda sobre el carácter provocador de las acciones terroristas, cuyo único efecto ha sido el de regalarle a la derecha en bandeja de oro un pretexto para el abuso y la represión indiscriminada contra el pueblo y la izquierda.

La presencia de representantes de la Comisión de Derechos Humanos del Parlamento se hace imprescindible en las zonas afectadas, para comprobar la veracidad de las denuncias. No puede permitirse que regiones del país sean convertidas en zonas francas donde la represión actúa impunemente, violando las más elementales libertades democráticas. A menos que se piense que éstas no cuentan cuando se trata de campesinos pobres o habitantes de barrios marginales, sobre todo si son de izquierda. (Carlos Iván Degregori).